

Pedro Salinas y su epistolario de amor

Solita Salinas —profesora y crítica—, hija del poeta, ha seleccionado y anotado rigurosamente 104 cartas ¹ de las 600 que su padre escribió a su novia —después, esposa— Margarita Bonmatí, entre 1912 y 1915. Hermosísimo epistolario amoroso que, además del amor, ternura y delicadeza, incluye algunos de sus primeros poemas y también reflexiones autocríticas, sobre el fenómeno poético y sobre diversos temas. Este libro es de capital importancia para entender los comienzos de su poesía, antes de que apareciera *Presagios* en 1923. Esos poemas dedicados a la amada ilustran no sólo su amor, sino los iniciales avatares de su quehacer lírico: nos revelan su sinceridad, sus titubeos, su exigencia íntima y externa. Se manifiesta preocupado por la «verdadera realidad» y trata de desenmascarar las apariencias que la encubren. El amor, así, resulta espiritualizado, almificado y poetizado, sin que esto signifique una huida de lo sensible, pues Salinas asedia y desafía diariamente la realidad circundante con voraz sensibilidad. Describe, para su amada, paisajes y rincones de ciudades, los cambios de la luz, personas, objetos... Pero no se contenta con lo aparential y cambiante, sino que dispara su intimidad y todas sus facultades perceptivas hacia la esencialidad de lo que ve, ahondando en las apariencias exteriores. Dotado —desde muy joven— de una finísima perceptibilidad y de un agudo intelecto, traspasa los límites de la realidad aparente, en aspiración de otra durable, transtemporal, *verdadera*, más alta. Estas cartas son, por otra parte, el sustrato de su teoría poética que cuajará más tarde en sus libros, cuyos versos se adelgazan hasta transparentar y traslucir la esencia del ser, su realidad creada o metafórica: su superrealidad. En estas bellas epístolas emerge ya la palabra profunda, esencial, anagógica y poética de Pedro Salinas. Su mente recibe la emoción que, al servicio de sus propios sentimientos, crea «su» *versión* de la realidad, más elocuente y profunda que la verdad misma. En estas cartas descubrimos ya no sólo la delicadísima sensibilidad del poeta, sino su *actitud* y *aptitud amorosas* ante la realidad, revertidas en elevada expresión artística.

Redactadas en Madrid, Sevilla, París, Santa Pola (Alicante), son el diálogo ² del poeta con la amada (que le escribía en francés desde Argel ³, a través del cual no sólo conocemos datos biográficos —documentados adecuadamente por varias páginas de fotografías selectas—, sino sus ideas acerca de la poesía y del arte. Era partidario, por

¹ PEDRO SALINAS: *Cartas de amor a Margarita (1912-1915)*. Edición preparada por Solita Salinas de Marichal. Alianza Editorial, Madrid, 1984. El epistolario está hecho con el criterio de recoger las cartas que tuvieran «un interés particular para la biografía del poeta y para la historia literaria española» (pág. 29).

² «Esta correspondencia nuestra es un diálogo ininterrumpido, un diálogo sin voz, sin ademanes, silencioso e interior» (pág. 209). Salinas habla con toda el alma, con todo el corazón, sin reservar nada para sí mismo.

³ La llama novia, hija, madre, esposa, Meg, Marg, Mágina. El poeta se siente niño, a veces; en otras, padre, además de novio y hermano.

entonces, del verso libre. Pero, antes que nada, opinaba que «sólo debe hablar de poesía el que tenga algo nuevo que decir: si no lo más decente es callarse. Si se hiciera así no se daría el caso tan frecuente en estos tiempos de poetas sin poesía, es decir, hombres que con cierta habilidad, con cierta maña hacen versos y fingen ser poetas. No, la poesía no es cosa de habilidad, de engaño, de listeza y de maña, es cosa de fuerza y de verdad» (pág. 238). (Entre esta clase de poetas incluye a Coppée y a Rostand.)

Tenía la convicción de que la poesía española de entonces había llegado «con Rubén Darío, con Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, a nobles cimas». Añadía: «Pero los poetas jóvenes ya no podemos seguir ese camino, y buscamos formas nuevas para nuestro pensamiento» (pág. 128). Salinas se hacía portavoz de su generación: la del 27.

El lector cuidadoso entrevé atisbos platónicos en la concepción pedrosaliniana de la belleza, pues el poeta declara: «Para darnos cuenta de la belleza de una cosa, es preciso que sintamos en el alma un deseo de belleza... Por eso los indiferentes no hallan bello nada porque no desean nada» (pág. 207). Sin embargo, para Salinas: «Todo es hermoso.» «El arte, como la vida, vive de conciliaciones, de absorciones, de sucesión de cosa a cosa. Y una armonía suprema late detrás de todo el arte, como late un ideal detrás de una vida» (pág. 187). En otra carta afirma: «Hay que ir al arte con el alma activa, no pasiva, a recibir, sí, pero a reaccionar ante lo recibido, no a enterrarlo» (pág. 231). Y, uniendo el arte con la poesía, insiste categóricamente: «Todo artista, cuando escribe, pinta o cincela, tiene perfecto derecho a escoger el camino por donde va a seguir: si escoge el de la rima y el verso clásico porque así le conviene, hace bien; si escoge otro, lo mismo, y si lo inventa, mejor. A mí los academizantes me parecen —y perdóname lo cómico del ejemplo— señores que llevan siempre paraguas abiertos cuando hace sol, todo porque un día llovió hace ya un mes⁴. No, no hay que clasificarse ni con la rima ni contra la rima, sino por la expresión poética: lo que mejor sirve para expresar poesía eso será bueno: no hay un arte de hacer versos: hay una poesía: cuando un artista es verdaderamente grande, toda su habilidad técnica es inconsciente, mandato de la voz interior, y se funde de tal modo con la esencia poética, que no nos preguntamos si es de tal escuela u otra, sino que sentimos la belleza que dice» (págs. 193-194). Salinas acepta el principio de la libertad artística: es un derecho del hombre. Según él, «puede haber un espíritu a quien reglas y fórmulas convengan, y otro a quien no; a Racine le iba muy bien la ley de las unidades, tan mal como le iba a Víctor Hugo; así pues, no hay otro principio general en arte que ese de la expresión» (pág. 196). Sinceramente, cree que «en arte se debe ser, ante todo, uno mismo», apoyándose en lo que decía Emerson: «Cada poema tiene su ritmo y una arquitectura propios como cada flor y yerba».

Unido al tema de la belleza —en arte y en poesía— se halla su concepción del amor, fundamento esencial de estas cartas. El verdadero amor —cree Salinas— «aclara el alma para mirar a las demás cosas y cantarlas más que para cantarse él mismo, porque él es demasiado puro e íntimo para ser dicho» (pág. 125). «Es preciso querer

⁴ Chispazos de humor iluminan algunas cartas como —más tarde— algunos de sus poemas; por ejemplo, de *Seguro azar* (1929).

sencilla, claramente, porque en esta sencillez y claridad de nuestro amor está su mayor profundidad. Y así te quiero yo, en todos los actos de mi vida, oyendo una sinfonía, leyendo un poema, marchando por la calle, mirando unas flores, viendo pasar las nubes lejanas por el cielo, en todo momento y en toda ocasión. Y así, mi amor tiene que ser eterno, porque esta infinita variedad de formas no se acaba nunca, y mientras mi sangre corra yo la oiré latir por ti. Y así debe ser nuestro amor, puro, sencillito, pero profundamente inteligente y claro, con conciencia de su alta misión del uno para el otro» (págs. 127-128).

Pedro Salinas —que escribirá *La voz a ti debida* (1934) y *Razón de amor* (1936), hermosísimos libros de poesía amorosa— confesará a su novia con humildad: «Los más hermosos versos míos no se escribirán nunca: los sabrás tú, tú sola, los sabrán nuestra casa, los paisajes que miremos, los lugares por donde crucemos. Estarán en todos nuestros momentos, llenarán nuestra vida, pero no se podrán escribir. Porque son demasiado inefables, porque las palabras no pueden expresarlos. Así seré yo y serás tú poeta. Margarita, recuerda las palabras de Platón, aquel hombre que tanto sabía y que, sin embargo, llegado el momento de condensar sus conocimientos, dijo: «Yo sólo sé una exigua disciplina de amor.» Contentémonos con esta disciplina de amor, que es la más alta sabiduría. Amémosos mucho y lo sabremos y comprendemos todo» (págs. 38-39). El amor es, en síntesis, «clave» del conocer y del comprender.

En otra carta posterior, escribirá: «¿Sabes el efecto que siento cuando hago una poesía? Es como si te estuviese contando a ti lo que pasa dentro de mi corazón, como si estuviese mirando a las cosas profundamente para poder darles el amor con que las miro y me viene de tus ojos» (págs. 113-114). Y, más adelante: «Ya sabes cómo pienso de mis versos. Son hijos de mi dolor o de mi gozo: a tí te los entregaré, si tú crees que ellos pueden quitar a ti una parte de mi cariño, rómpelos. Si no, devuélvemelos. Yo los publicaré orgullosamente, puesto que tú los has mirado con amor» (pág. 118).

Aún quisiéramos subrayar otras líneas del poeta que, refiriéndose a la Primera Guerra Mundial —y a todas las guerras, quizá— sobrepone el amor sobre el odio: «¿Qué pasará después de la guerra ésta? ¿Volverán las gentes a hablarse sin rencor? Yo lo espero así. Hay algo más fuerte que la guerra y que todo, y es el sentido humano, la bondad, el amor, ¿verdad, mi Meg?» (pág. 206).

Los bellísimos conceptos sobre el amor —salpicados de alusiones a San Francisco, a San Juan de la Cruz, a Shelley...— se entrelazan con opiniones sobre pintura, música, monumentos y paisajes (sierra de Guadarrama, campo alicantino), con la relación de sus trabajos: estudios, clases, exámenes, lecturas en el Ateneo... Nos ha impresionado especialmente su visión de Castilla y de España. Dice de la primera: «Ayer el día en Aranjuez, un día hermoso, triste, gris. Y en este aire y este cielo tan finos, tan elegantes de Castilla, en esta señorial luz gris, los árboles y jardines de Aranjuez tenían más noble y bello aire. Los chopos, los álamos, con todas las hojas doradas, a punto de caer, eran como llamas ardiendo hacia el cielo. Y toda la tierra y las plantas tenían ese color violeta y oro del otoño. Era de una fina y sobria belleza castellana» (pág. 120). En cuanto a España, confía en su futuro: «Por eso tengo yo tanta confianza en la suerte futura de España, porque en ella hay hoy un deseo, una